

señor de Quadrata. Murió en Bari en el año 1508, no habiéndolo vuelto a ver su madre nunca más desde su partida para la corte de Ferrara.

Realizado su casamiento con Alfonso de Este, la vida de Lucrecia se hace completamente regular, pareciendo desmentir con su conducta discreta y adecuada a las circunstancias, la primera mitad transcurrida en el Vaticano.

Se rodeó de una corte de literatos y de artistas, mostrándose tranquila, bondadosa y honesta hasta su muerte, ocurrida en junio de 1519, bajo el pontificado de León X.

En tanto que se desarrollaban los sucesos que narramos más arriba, César, que había tomado el título de duque de Romaña, se apoderaba — como veremos en detalles en el capítulo siguiente — rápida y brillantemente, de los Estados feudales, hasta transformarse en uno de los príncipes más poderosos de Italia.

Su trágica caída debía ser también tan rápida como lo había sido su elevación.

CAPITULO V

CONQUISTAS Y PLAN POLÍTICO DE CÉSAR BORGIA

No hay quizá en toda la historia política del Renacimiento italiano, figura más apasionante ni más enigmática que la de César Borgia. El fondo de su pensamiento se nos escapa, teniendo que limitarnos con respecto a él a meras conjeturas, y para aumentar aún más el interés que despierta, su nombre ha llegado hasta nosotros unido al de un escritor tan discutido, tan vituperado y generalmen-

te tan incomprendido como el atutor de *El príncipe*. Maquiavelo estudia al duque de Valentinois con un entusiasmo admirativo, analizando con su agudo realismo sus hechos más salientes y las causas determinantes de sus triunfos y de su caída. Pero antes de considerarlo desde un punto de vista más abstracto, es indispensable que hagamos una ligera revista de sus expediciones en la Romaña, que tenía proyectadas desde que iniciara su intervención en la política del Vaticano y que había empezado a llevar a cabo en septiembre de 1499 con la ayuda del rey de Francia, Luis XII, ya dueño del ducado de Milán.

De acuerdo al tratado concluído con Alejandro VI, el rey había prestado a César 6000 infantes y 2000 caballos franceses para que intentara la conquista. El papa, por su parte, se había apresurado a declarar a los Malatesta de Rimini, los Sforza de Pesaro, los Riario de Imola y de Forli, los Varanno de Camerino y los Manfredi de Faenza, todos ellos vasallos y vicarios de la Iglesia, despojados de sus respectivos feudos (1). César dirigió primeramente sus armas contra Imola, a la que puso sitio. Esta fortaleza, así como el castillo feudal de Forli, constituían los dominios de Catalina Sforza, viuda de Jerónimo Riario, el sobrino de Sixto IV, a quien este último papa había concedido tales posesiones. El duque deseaba apoderarse primero de Imola para atacar después en Forli a la misma Catalina, que entre tanto se aprestaba a la resistencia. El 18 de noviembre de 1499, César se fué a Roma pasando tres días en el Vaticano, después de lo cual volvió a reunirse con su ejército que seguía el asedio de la plaza, la que cayó en sus manos el 1° de diciembre. El ataque a Forli fué iniciado sin pérdida de tiempo, siendo César

(1) Gregorovius, *op. cit.*, tomo I, pág. 225.

ayudado en esta lucha por el mismo pueblo del condado, que odiaba a Catalina y deseaba sacudir su dominación. Era la condesa mujer cruel y de carácter varonil, soberana feudal en todo lo que el término tiene de odioso e inhumano. Marín Sanudo, el embajador veneciano, dice de ella que era « mujer de gran ánimo y semejante a una cruel virago » (1). A la muerte de su primer marido, asesinado por sus vasallos ya hartos de su tiranía, en su propio castillo, ella lo había vengado espantosamente; casada por segunda vez con Giacomo de Savona, que no era, a pesar de ello, conde de Forli, él fué también asesinado; su viuda entonces montando a caballo inmediatamente, condujo a su guardia al barrio del cual procedían los matadores, haciendo allí masacrar por la soldadesca a todos los habitantes del mismo, sin excluir a las mujeres ni aun a los niños. Semejante rasgo de ferocidad indica bien claramente qué clase de gobierno era el que ella ejercía sobre sus Estados; el pueblo recibió a César como a un libertador, haciéndose dueño de Forli el 14 de enero de 1500.

A este respecto dice Maquiavelo : « Hoy no se ha visto en las fortalezas utilidad para ningún príncipe, exceptuando la condesa de Forli, que a la muerte del conde Jerónimo, su marido, pudo librarse de las iras del pueblo gracias a su fortaleza, esperar en ella el auxilio de los milaneses y recuperar su Estado; pero en este caso eran tales las circunstancias, que el pueblo no podía ser apoyado por el extranjero. Sin embargo, más tarde no le sirvió de gran cosa la fortaleza cuando la asaltó César, y el pueblo, volviéndose contra ella, se unió al extranjero » (2).

(1) Gregorovius, *op. cit.*, tomo I, pág. 255.

(2) Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 154.

César volvió el 26 de febrero a Roma, donde le fué hecha una acogida triunfal, conduciendo a Catalina entre cadenas como un preciado ornamento de su triunfo. El papa la hizo encerrar en el Belvedere.

Como vemos, en pocos meses el duque se había apoderado del vasto condado de Forli, primer Estado al que combatiera; esto le hizo temible a los ojos de todos los demás tiranos de la Romaña, que, sabiéndose odiados por sus propios vasallos, consideraban a la vez la influencia de César cerca del rey de Francia, del cual era aliado. Aun las casas más poderosas, como los Este de Ferrara y los Gonzaga de Mantua, trataban de aproximarse a César y al papa, y ambas ayudaron en adelante en sus expediciones al gonfaloniero de la Iglesia.

Después de estas victorias, César permaneció muchos meses en Roma, procurándose el dinero necesario para continuar el ataque a los demás pueblos. Es muy probable, por lo demás, que su inacción fuese forzosa debido a la oposición tenaz por parte de los venecianos, bajo cuya protección se hallaban Rimini y Faenza, de que se atacara estas dos villas. Pero bien pronto los acontecimientos que se desarrollaban entre Venecia y los turcos le darían ocasión de conseguir sus propósitos: los musulmanes se habían apoderado de Morea, haciendo continuamente grandes progresos, que tenían en constante preocupación a la república del Adriático. Alejandro, aprovechando la oportunidad, presentóse entonces como amigo de los venecianos, prestándoles toda clase de auxilios navales y financieros; en compensación a tan amable política, los venecianos, no sólo levantaron la prohibición de dirigirse contra los Estados antes mencionados, sino que confirieron además al duque de Valentinois la dignidad de patricio.

Conseguido en esta forma lo que tanto anhelaba, César

se adelantó nuevamente hacia la Romaña, hacia fines de septiembre de 1500, con un ejército de 700 hombres de caballería pesada, 200 de caballería ligera y 6000 infantes. Los planes del duque consistían en atacar primeramente a su antiguo cuñado Juan Sforza, apoderarse de Pésaro y pasar de inmediato a Rímini y Faenza, abandonados ya por los venecianos.

Sforza, por medio de sus agentes en Roma y por su amigo el embajador de España, había sido ya informado de las intenciones de César, por lo que, presa del temor, escribió repetidas veces al marqués de Mantua, Francisco Gonzaga, hermano de su primera mujer Magdalena, rogándole que le enviase socorros en armas y hombres, de que tan necesitado se hallaba, y suplicándole asimismo que interesase en su favor al emperador Maximiliano. El marqués, por toda contestación, le envió cien hombres a las órdenes de un capitán. Aborrecido por sus súbditos, a los que, violento y cruel, hacía sufrir toda clase de padecimientos, y sin fuerzas para resistir las tropas de César, que se acercaban, la situación del tirano de Pésaro era extraordinariamente crítica. «Jamás — dice Gregorovius — trono alguno fué más rápidamente derribado que el suyo o mejor dicho, más rápidamente abandonado antes aun de que fuera derribado.» Bien pronto se produjo una sublevación favorable a César, quien ni siquiera se había acercado aún a Pésaro. Los sublevados se mostraban francamente hostiles a Juan; en cuanto a la burguesía, deseaba también que ésta abandonara el campo, temerosa de la cólera de César si la ciudad no se entregaba inmediatamente. En tales circunstancias, el pueblo se levantó el domingo 11 de octubre, antes de que el duque se hubiera presentado en Pésaro. Según lo cuenta el mismo Sforza en una carta a Gonzaga, apenas se aproximaron los sublevados a las

órdenes de Hércules Bentivoglio, él huyó del castillo refugiándose en Bolonia, desde donde pasó a Ravena, recibiendo allí la noticia de la rendición de Pésaro a César al cual se había entregado sin oponer ninguna resistencia (1). El duque fué proclamado soberano de la villa sometida, partiendo el 29 de octubre para el Castillo de Gradara. Después de la caída de Pésaro, Rimini se puso, puede decirse, en sus manos. Los hermanos Pandolfo y Carlos Malatesta, tiranos detestados, fueron arrojados también y el pueblo se puso bajo la protección de César. Pero no ocurrió lo propio en Faenza; reinaba en esta villa el joven Astorra Manfredi, muy querido del pueblo, siendo quizá en esto la única excepción entre todos los señores de la Romaña; de manera que al presentarse el duque, la ciudad se resistió seriamente hasta que al fin no pudiendo sostenerse por más tiempo contra un enemigo tan poderoso, se entregó en diciembre de 1500. Manfredi se rindió a César con la promesa hecha por éste de que conservaría su libertad; pero no bien lo tuvo en su poder, el duque se apresuró a enviarlo a Roma, siendo encerrado junto con su hermano Octavio en el castillo de Sant' Angelo. Después de la toma de Faenza, César regresó el 17 de enero de 1501 a Roma donde recibido con todos los honores de vencedor fué investido por Alejandro VI con el título de duque de Romaña (*Dux romandiolaë*); César había llegado en esta forma a alcanzar la realización de la primera parte de sus proyectos : se veía dueño de toda la Romaña, excepción hecha de Camerino en donde reinaba Julio Varanno, que debía caer en sus manos al año siguiente; contaba con la amistad de las casas más poderosas de Italia y era al mismo tiempo el aliado del rey de Francia. Desde este momento, y aun cuando no hubiera llegado to-

(1) Gregorovius *op. cit.*, tomo I, pág. 294 y 295.

davía a la cumbre de sus victorias y de su poderío, César Borgia era ya « el príncipe ». Con respecto a este asunto, es preciso plantearse la siguiente cuestión : ¿ fué o no César el modelo seguido por el secretario florentino en la concepción y realización de su obra? Es imposible contestar semejante pregunta, con una afirmación categórica y en un sentido absoluto, porque de ser así el libro de Maquiavelo se hubiera reducido a una glosada biografía del conquistador de la Romaña, aspecto éste limitado y personal que dista mucho del verdadero aspecto de *El príncipe*. Pero contemplando el panorama desde un punto de vista más general, más abstracto y más filosófico, cabe a nuestro juicio, considerar que sea la figura de César la que domina en todas las páginas de la obra antes mencionada. Aun cuando no se le nombra, está siempre presente como inspirador y es a él a quien implícitamente se refiere el político de Florencia cuando dogmatiza sus conclusiones y cuando traza las normas a las que según su pensamiento debía ajustarse aquél a quien con todo el fervor de su alma apasionada y vidente llama « el libertador » (1). Pudiera creerse, sin embargo, que en esta forma se achica o limita el pensamiento de Maquiavelo dándole un molde reducido, encerrándolo por así decirlo, en la jaula de hierro de una determinada orientación individual. Estamos lejos de creer que fuera el vulgar y despreciable consejero de los opresores de los pueblos que se ha querido ver en él; hombre degradado, inmoral y servil, que de republicano como se muestra en sus otras obras, pasa a ser monárquico por interés en *El príncipe*, con el solo deseo de conseguir los favores de los Médicis. Nada más erróneo que semejante in-

(1) Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 187 : « No hay que dejar escapar esta ocasión; hora es ya de que Italia, tras tan largo padecer, vea al fin llegar el libertador. »

terpretación; estudiando a Maquiavelo, este escritor se presenta como un precursor de la unidad italiana, a la que su pensamiento se adelantara atrevidamente en algunos siglos; es indudable que tan alto ideal no le abandonó en ningún momento de su vida y podríamos decir también, en ningún momento de su obra. Es aquí en este profundo interés humano que se transparenta a través de la inmoralidad de sus palabras, en donde reside el gran interés filosófico a la vez que el gran interés político de *El príncipe*. Cuando lo escribió, era Maquiavelo fuera de toda duda tan republicano como cuanto escribió sus *Discursos sobre las Décadas* y lo que le movió a tomar esa actitud aparentemente contradictoria, fué el convencimiento llegado a su espíritu de que dado el momento histórico que vivía la Italia, solamente un tirano podía llevar a cabo la grande y difícil obra de la unificación y reducción de todos los Estados peninsulares, previa la expulsión de los dominadores extranjeros, para la constitución de ese Estado único, que era su más ardiente aspiración y su deseo más constante. Con sólo hojear *El príncipe*, se encuentran repetidamente los párrafos corroborantes de nuestra aseveración. En el sentir de Maquiavelo, Italia necesitaba un tirano, y ese tirano él lo veía bajo los rasgos políticos firmemente definidos de César. Por lo demás, él mismo así lo establece claramente cuando dice : « Por esta razón, el príncipe nuevo que quiera preservarse de sus enemigos, ha de ganarse amigos y vencer por la fuerza o por la astucia, ha de hacerse amar y temer de los pueblos y respetar y obedecer por los soldados; deshacerse de los que puedan o deban perjudicarle, renovar con otra forma la antigua organización; ser agradable y severo, magnánimo y liberal; disolver una milicia infiel y crear otra diferente; conservar de tal modo la amistad de reyes y príncipes, que les agrade hacerle bien o que teman causarle mal; ese prin-

cipe, digo, no puede hallar ejemplos más recientes que los actos de César Borgia» (1). Y más adelante tiene esta frase bien explícita por cierto : « Nunca me cansaré de citar a César Borgia y sus hazañas » (2).

Es indudable que cuando Maquiavelo, como enviado de la república florentina tuvo ocasión de tratarlo de cerca, el duque de Valentinois ejerció sobre él esa atracción extraña que ejercía sobre todos los espíritus que se hallaban al alcance de su influencia, atracción que sufriera también Leonardo de Vinci, el genio más completo y universal de todos los que nos ofrece el Renacimiento italiano.

Después de la celada de Sinigaglia, que estudiaremos con detenimiento en el siguiente capítulo, en la cual se deshizo de sus mercenarios infieles, quedó César tan poderoso, que es muy probable que en ese momento, Maquiavelo viera en él al futuro unificador de Italia.

César Borgia tuvo la talla suficiente para que el pensamiento de Maquiavelo encontrara en él su molde; hombre de su tiempo, con todos los vicios, con todas las inmoralidades de su época, no fué en esto ni mejor ni peor que sus contemporáneos. De todos ellos, ¿quién es el que no se encuentra manchado con sus mismos crímenes? Entre las grandes figuras, en Milán, Ludovico el Moro envenenó a su sobrino carnal el duque Juan Galeazzo, a quien previamente usurpara el trono, para conservarse con menos peligro en su ilegítima posición; Alfonso de Este, duque de Ferrara, que es considerado como uno de los más moderados soberanos de su tiempo, al descubrir una conspiración contra él encabezada por sus hermanos Julio y Ferrante, los condenó a muerte y esperando el instante mismo en que la

(1) Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 53.

(2) Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 95.

sentencia había de cumplirse, los « perdona », haciéndolos encerrar en los calabozos del mismo castillo en que vivía, donde ambos permanecieron hasta su muerte; hemos visto un poco más arriba la forma en que Catalina Sforza vengó la muerte de su segundo marido; el rey Ferrante de Nápoles, llevaba su crueldad hasta extremos inconcebibles y en cuanto a los papas, todos tenían asesinatos sin cuento sobre su conciencia, cometidos fríamente para apoderarse de los bienes de sus víctimas; el papa León X, fué « bastante humano », porque no envenenó *más que a un solo cardenal*. Y de entre las figuras menores, el propio Maquiavelo nos cuenta la historia de Oliverotto de Fermo, uno de los caídos en Sinigaglia, que educado y criado por su tío Juan Fogliani, no vaciló en atraer al hombre que le había servido de padre y que era su próximo parente, a una emboscada exactamente igual a la de César, dándole muerte para apoderarse así de la ciudad de Fermo (1). Como se vé, todos practicaban el asesinato cuando lo creían conveniente a sus intereses y esta conducta no menoscababa en absoluto la consideración de que gozaban a los ojos de los demás.

Si César Borgia ha sido transformado en símbolo y resumen de los crímenes de la época, y si Maquiavelo ha estudiado sus hechos con más detenimiento que los de otro cualquiera de sus contemporáneos, no es porque sobrepujara a éstos en delitos, ya que cometía los mismos que cometían los demás, sino porque los sobrepujaba en talento, talento que es muy probable que lo hubiera llevado a formarse una idea clara de la situación y a proponerse el fin al que se adelantaba sin pararse en obstáculos y para lo cual había puesto en acción su tremenda energía. Esto, unido a todas las otras características que lo destacaban más especialmente,

(1) Véase Maquiavelo, *op. cit.*, cap. III, pág. 58 y sig.

su hermosura, su juventud — murió a los treinta y un años — su posición de hijo del jefe de la Iglesia romana, es lo que ha contribuído a que la leyenda lo eligiera para ensombrecer y realzar siniestramente su ya sombría silueta. Pero a los ojos de la sociedad en cuyo seno vivió y actuó, es decir, la sociedad de fines del siglo xv y principios del siglo xvi, no era César ni un monstruo, ni un hombre espantoso y execrable, sino sencillamente un príncipe, semejante a todos los otros príncipes, muy afortunado en la guerra y de un extraordinario tacto político.

Los hombres son producto del medio en que se desenvuelven, es preciso juzgar a los hombres y a las épocas, poniéndose a tono con la sensibilidad reinante en el momento histórico en que unos y otras actuaron y se desarrollaron. De lo contrario, los hechos y los acontecimientos se nos aparecen atroces cuando no incomprensibles. Es tan sólo tomando por un instante la sensibilidad que los animara, que podemos penetrar para analizarla hasta la médula de las sucesivas civilizaciones que desarrollaron los distintos grupos humanos, y comprender los móviles determinantes de las acciones de sus individuos.

Maquiavelo con una concepción profundamente realista de la ciencia política, llevado de un propósito definido de escribir sobre las cosas *tales como eran* y no como debían de ser, no podía en manera alguna describir otros caracteres, ni estudiar otra política, que la que su medio y su sociedad le presentaban. En el capítulo VII de *El príncipe*, profundiza con un vigor y una claridad notables, los hechos más salientes de la vida política de César y al comenzar apenas ese análisis manifiesta su pensamiento en la forma siguiente : « Si examinamos todos los progresos del duque, veremos que había preparado sólidas bases a su futuro poder y creo que no estará de más hablar de ellas, *porque no po-*

dría poner yo mejor ejemplo que el suyo a un príncipe nuevo, y si las medidas por él tomadas no dieron buen resultado, no fué por su culpa, sino por efecto de una mala fortuna extraordinaria y extremada » (1).

Nos hemos referido más arriba al odio experimentado por los pueblos de la Romaña hacia sus opresores, y hemos indicado cómo era César recibido por ellos como un verdadero salvador. Una vez terminada la conquista de todos estos territorios, el duque de Valentinois implantó en ellos un gobierno justo y humanitario, lo que le atrajo una gran popularidad a la vez que la simpatía y el cariño de sus pobladores. Esta es otra de las características y aspectos más interesantes de la personalidad de este hombre complejo y desconcertante : duro, cruel, implacable en los combates, felino en su diplomacia llena de arterías, era sin embargo, muy querido entre el pueblo, al que no oprimió nunca en la forma despiadada en que lo hacían los otros príncipes y grandes señores que se sostenían por el terror en sus respectivos estados. Tan buen recuerdo supo dejar de sí, especialmente en la Romaña, que más tarde, ya muerto Alejandro VI, estando él prisionero en Sant' Angelo, las poblaciones de esta región le permanecieron fieles, y durante su prisión en España, ansiaban su vuelta y le esperaban continuamente (2).

Maquiavelo hace resaltar en especial este detalle de la dominación de César, refiriendo a continuación la forma en que consiguió a la vez que pacificar y restablecer el orden en sus estados, ganarse el afecto del pueblo : « Poseía el duque toda la Romaña y el ducado de Urbino; *se había*

(1) Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 43.

(2) Véase Gregorovius, *op. cit.*, tomo II, capítulo VIII, pág. 163 y 164, y también Mereshkowsky, *op. cit.*, parte III, cap. V, página 367.

granjeado el cariño de ambos pueblos (especialmente del primero), que disfrutaban ya de las ventajas de su gobierno. Como esta última circunstancia es digna de notarse y en esto me parece ser imitado el duque, no quiero dejarla en silencio. Expresamente como vemos, lo dice Maquiavelo : César era querido por su buen gobierno y en esto debe ser imitado. No olvidemos que obraba el uno y escribía el otro en un momento en que el feudalismo se hallaba aún en todo su vigor y en que la crueldad de los gobernantes para con sus vasallos no tenía límites; de aquí pues que sea realmente como afirma el político de Florencia una circunstancia digna de ser notada la que menciona. Y a continuación, agrega : « Cuando el duque se hubo apoderado de la Romaña, advirtió que había sido regida por señores ineptos que más que de gobernarla cuidáronse de despojar a sus súbditos y de darles más ocasiones de desavenencia que de sosiego. En el país menudeaban los robos, abundaban los bandidos y estaba tan entregado a toda clase de desórdenes y excesos que pronto se convenció el duque de que para restablecer la tranquilidad y el orden y someterlo a la autoridad del príncipe hacía falta un gobierno muy enérgico. En consecuencia, nombró gobernador a Ramiro de Orco, hombre cruel y activo, a quien dió plenos poderes; el cual en poco tiempo apaciguó las revueltas, reunió todos los partidos y adquirió fama de haber pacificado el país. Sin embargo, poco después no creyó necesario el duque desplegar autoridad y rigor tan excesivos, que se hubieran hecho odiosos. Constituyó en medio de la provincia un tribunal civil, presidido por un hombre que gozaba de la estimación pública, al cual tribunal enviaba cada ciudad su abogado. Advirtió que las crueldades de Ramiro le habían granjeado cierto odio y para lavarse de toda mancha a los ojos de los pueblos y captarse su cariño, quiso demostrarles que no debían

atribuirse a él las crueldades cometidas, sino achacarlas a la índole feroz de su ministro. Y aprovechando la primera ocasión propicia a su proyecto, cierta mañana mandó exponer sobre una estaca, en medio de la plaza de Cesena, el cuerpo del ministro hendido y a su lado un cuchillo ensangrentado. Tan horrible espectáculo satisfizo al pueblo y le llenó de terror al mismo tiempo» (1).

Hemos hecho la transcripción íntegra a pesar de lo extenso de la cita, por lo que tiene de sugestivo y de representativo este episodio anecdótico de *El príncipe*. De la prosa limpia y desnuda del autor, surge clara la terrible simplicidad de la traición en la que prima verdaderamente aquella « razón de Estado » de la que Maquiavelo hacía una especie de ídolo inexorable al cual todo debía ser sacrificado; concepto éste en el que le seguiría después toda una escuela política. Esta razón de estado la comprendía César tan bien como su historiador y se manejaba en consecuencia, con toda la tremenda despreocupación de su naturaleza, de su medio y de su época.

Los elementos de la tragedia son simples : Don Ramiro es el amigo, el servidor, el instrumento de César; ha cumplido por su orden lo obra de una necesidad evidente de pacificar a la Romaña; pero una vez realizada esta obra el instrumento está demás y su desaparición reportaría ventajas palpables; entonces sin vacilar un momento lo sacrifica y consigue a la vez apaciguar los disturbios, convencer al pueblo de que el rigor empleado en esa pacificación no hay que atribuírselo a él mismo, sino al propio Don Ramiro, y finalmente dar un alto ejemplo de justicia sacrificando un favorito. Allí en la anécdota trágica de don Ramiro de Orco, está de cuerpo entero el hombre del siglo xv,

(1) Maquiavelo, *op cit.*, pág. 47 y sig.

el italiano del Renacimiento para el cual la lealtad es una palabra sin sentido, y está también el político admirado por Maquiavelo que tiene en vista y por realizar un plan superior de organización, que tiene acaso la idea de un caos — la Italia en ese momento histórico — transformado en un Estado sólido y unificado y que decide entonces que la vida de un hombre, no es obstáculo suficiente para detenerse en el camino previamente trazado. Para Maquiavelo no hay crueldad en este acto, ni en otros muchos de César; hay por el contrario una previsión que entrega lo menos para salvar lo más. Así en el capítulo XVII (*De la crueldad y de la clemencia y si vale más ser amado que ser temido*), dice: « César Borgia era considerado como cruel; mas su crueldad arregló, reunió, pacificó e inspiró confianza a la Romaña. Y reflexionando bien, se reconocerá que fué mucho más clemente que el pueblo florentino, que por no pasar por cruel, dejó destruir la ciudad de Pistoia » (1). César aparece así a través del prisma de las páginas de *El príncipe*, como el hombre que reuniendo en su mano todos los elementos necesarios, acomete una empresa que ha medido y que ha meditado, como ha medido y meditado sus propias fuerzas, sabiendo perfectamente qué es lo que quiere y a dónde va. Ninguno de los aspectos del problema había sido descuidado por él.

Nos hemos referido en capítulos anteriores, a la importancia dada por Maquiavelo a las tropas nacionales en la defensa de los Estados, y aún en la adquisición de los mismos; y hemos visto cómo la situación desastrosa en que se hallaba la Italia, la atribuía él casi por entero a la acción de los soldados mercenarios. El duque de Romaña, apreciaba también ese punto con idéntico criterio, y Maquiavelo ci-

(1) Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 117.

ta su conducta en apoyo de las doctrinas por él mismo expuestas, refiriéndose rápida y ligeramente a la evolución sufrida en las milicias de César desde el comienzo de sus campañas, hasta que consigue un ejército propio. Dice : « Se apoderó (César) de Imola y de Forli con tropas auxiliares, francesas todas ellas y no pareciéndole muy seguras, volvióse a los mercenarios que se le antojaban menos peligrosos y asalarió a los Orsini y a los Vitelli; pero en cuanto los creyó sospechosos, expuestos e infieles, se deshizo de ellos y no volvió a servirse más que de sus propios soldados. Fácil es ver la diferencia que hay entre ambas milicias, si se considera detenidamente la fama conquistada por el duque en tanto que sólo tuvo franceses a sus órdenes, o cuando tuvo a los Orsini y los Vitelli, y la conquistada cuando no guerreó más que con sus soldados, no fiándose sino de sí mismo. Porque nunca se vió lo que valía hasta que fué verdadero dueño de su ejército » (1). Realmente, los *condottieri* eran entonces el mal de la península y es un rasgo plenamente demostrativo de la habilidad de César, el que se diera cuenta de ello, organizando y disciplinando propias milicias hasta hacer con ellas un instrumento de valor positivo entre sus manos. Consiguió que su ejército llegara a ser uno de los mejores, sino el mejor de los ejércitos italianos. Cuando se movía de un punto a otro en sus maniobras estratégicas, sus marchas eran lentas porque llevaba consigo su fuerte artillería dotada de las piezas más resistentes y poderosas.

Maquiavelo se esfuerza en poner a César siempre bajo la luz más favorable; a él no le interesan sus crímenes como tales; los examina y los explica nada más que como instrumentos de un fin superior, que era como ya hemos dicho, la constitución de un reino del que Borgia hubiera sido el

(1) Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 95 y 96.

soberano, un Estado lo suficientemente vigoroso como para fundir en uno solo todos los demás turbulentos Estados italianos. Para Maquiavelo, César es el estadista inteligente a la vez que el gobernante enérgico, que supo ver y comprender la realidad de su ambiente y la necesidad histórica del mismo y proponiéndose un objetivo definido, trató de alcanzarlo por todos los medios, sin detenerse ni ante el crimen ni ante la traición.

Cabe preguntarse si existió en realidad ese plan superior en la mente de César Borgia y de ser así, hasta dónde llegaba y entre qué límites se desenvolvía. El secretario del Consejo de los diez, parece firmemente convencido de la existencia de un amplio designio político que regía la conducta y dictaba los actos del duque de Romaña. Así en el capítulo ya mencionado donde estudia con especial detenimiento la política seguida por él mismo, dice : « Reuniendo las mencionadas acciones del duque no me sería posible censurarle; al contrario, creo que como lo hago, se le debe proponer por modelo a todos los que suban al trono por la fortuna o por las armas ajenas, *ya que por tener gran valor y vastos propósitos, no pudo gobernar de otra manera* » (1). En este párrafo de *El príncipe*, se encuentra una frase notable por sus sugerencias : en la primera parte afirma que debe proponerse, por ejemplo, a César Borgia, ratificando así una vez más la opinión que expresamos anteriormente acerca de si es o no aquél el modelo de la obra y luego la segunda, digna más que ninguna otra del análisis, ya que en ella se halla, puede decirse, compendiada toda la doctrina política de Maquiavelo. « Ya que por tener vastos propósitos no pudo gobernar de otra manera »; vale decir, es una vez más la razón de Estado el *leitmotiv* de toda la

(1) Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 52.

obra de Maquiavelo. César gobernó de esa manera y no de otra porque tenía en sus manos una gran obra que realizar, un vasto plan que llevar a término, para lo cual necesitaba hacer uso de un gobierno y una política tales como su política y su gobierno. Así, pues, según la opinión de Maquiavelo, que es digna de crédito desde el momento que se trata de un contemporáneo y de un contemporáneo dotado del extraordinario poder de análisis y de la notable agudeza perceptiva que distinguen al escritor a quien nos referimos, esos vastos planes existían en la mente de César.

Pero sea ello como fuere, es lo cierto que tenía el conquistador de la Romaña demasiada ambición por lo menos, para limitarse y resignarse a ser simplemente el proveedor de un reino á la Iglesia romana. La Iglesia, personificada en Alejandro VI, era para César el apoyo sólido, la base de operaciones, el terreno firme en que se sostenía para lanzarse desde allí al resbaladizo terreno de sus empresas; por su carácter, por sus inclinaciones, por sus pasiones mismas, es casi indudable que el papa al dar a su hijo el oro y el ejército del Vaticano, pensaba más que en el engrandecimiento de la Iglesia, en el engrandecimiento de César. Y en cuanto a este último, es lo más fácil que su gran ambición y su fría y clara percepción de los sucesos le hubiera llevado a considerarse, por su capacidad y por su posición, el hombre señalado para unificar bajo su cetro a toda la Italia. Dueño de la Romaña, habiéndose apoderado también de Camerino y del ducado de Urbino, su ejército invadió la Toscana y pudo en un momento dado amenazar a los Bentivoglio en Bolonia, y en Florencia, al Consejo de los diez.

La misma divisa que tomara entonces : « *Aut Cesaer aut nihil* », expresa bien claramente cuáles eran las intenciones del gran gonfaloniero de la Iglesia romana.

Sus victorias debidas a su terrible energía, a su sabia estrategia y a su política tortuosa adaptada a las circunstancias, demuestran también que tenía la talla suficiente para vencer, de haberle acompañado la suerte; pero hemos de creer que los hechos históricos se cumplen de acuerdo a leyes inmutables y la hora de la unidad italiana no había llegado aún, teniendo que ser todavía durante mucho tiempo aquel famoso « campo de batalla » en el que iban a chocar y combatirse las ambiciones de todas las grandes potencias de Europa.

Así, César cayó al empuje de esa fuerza « que podemos llamar el Destino de la Historia y que solo es la coincidencia y la precipitación imprevista de los acontecimientos » (1). Es muy probable que de haber conseguido la realización de sus designios, el juicio de la posteridad se hubiera modificado para él, porque la verdad es que los hombres no suelen tener para juzgar a los hombres, otro criterio que el del éxito. Cuando han triunfado, todos sus actos encuentran rápida justificación, ya que el *vae victis!* de Breno no ha cesado de ser una realidad a pesar de los siglos transcurridos.

No es por cierto con la moral de nuestra época — que a pesar de su rigidez halla muy buena la organización social presente — con la que hemos de considerar la vida y la política de César Borgia. Es indispensable para estudiarlo y para comprenderlo que estudiemos y comprendamos la moral de sus contemporáneos, que era también su propia moral. En último término, César Borgia es un enigma, porque como ya dijimos al comenzar, el fondo de su pensamiento se nos escapa. Indudablemente que no hay pruebas que den carácter de certeza a lo que antes hemos dicho

(1) G. Ferrero, *op. cit.*, tomo I, pág. 434.